

apáguense los árboles

Emilio Carrera Quiroga

tu pie

teje una sábana

a mi boca

sábana la tierra

un aire

borró

los saucos

remar el aire hasta tu casa

hacer silbar

pájaro tú

tirarte al cielo

lagaña en tu lengua

se fue secando el mar en su uña
en su garganta se fue guardando la sal
me moja por dentro

los sauces
ruido
en las ventanas
del carro prestado

estuve ocupado en que mis huesos

cruzando la ciudad

se quebraran

moscas

columnas mis ojos

sangre colgada de los cables

tartamuda

sosteniéndome

por dentro

montaña

día negro

sobre esta astilla

enterraré mi cuerpo

cuando te vayas

abrazaré a las piedras

buscando colgados

mis ojos

tus labios mojan la mañana

de un polvo de amorosa sangre

desollada en la balanza

ausente sábana

cruza mi estómago un salitre

sombra la espalda de una piedra

en tu ceja

sauce

ya no llores más por ella

detén tu marcha

canta en otras direcciones

no es necesaria la noche de tu guardia

hemos cruzado ya esa ceniza

una orquídea soñó el origen de la noche
auguró su aroma sudor de hierba
se cerró como oro en la mejilla de los saucos

en la ciudad la luna es un trapo azul
que traga tu saliva viento de invierno
mano seca

despierta
camino al oeste
niebla en la orilla
de sus pétalos

ese olor
son tus manos
antes de agua fría a cubetazos

me siembro en la orilla de tus ojos
soy un muslo de arena en el silencio de las olas

mi alfombra recuerda el pelo de tu vulva en mis dedos

contigo los robles

uña
en el origen de tu ombligo
espejo en las plumas de los pájaros
de horizontes dorados

contigo los robles revientan de secos

las piedras se bañan dispersas de su sombra

en el arete del aire

devuélveme el oído
quiero escuchar nacer el sol otra vez en tu boca
lamer tu nariz
en el espejo de mi última casa

hay días, veces,

que ni el suelo puede consolarnos
cerramos la puerta escuchando huesos ajenos

la piel se envuelve en lágrimas
se arrugan las hojas de los sauces
las abejas se confunden en el aire
sin encontrar las flores
la calle se mece con alas mojadas

hay días, veces,

que se quema en la agujeta el pensamiento
los muebles de la casa donde fuimos dueñas de la vida
nos miran con ojos de muebles cansados

en esos días quiero ahogar a los pájaros
pero acuesto mi lengua
trago saliva

no vaya a ser que me consuelen
esos que saben
en qué mañana cortamos la ceiba
que crecía en nuestros muslos

soy un sauce incendiado
en una cueva
donde sudan pájaros de cera

el sueño en el aire silba ausente

enfrío la lengua

(hasta las velas

será la lengua un río que cruce la montaña

se queman)

se escuchan mis suelas
en el aroma de tu vientre seco

se apretaron las almohadas en tus manos

tus ojos
horizontes
de lengua

escaleras
tus tobillos
de sal mordida

tu cuerpo fue un cuerpo en que mis manos
cuidaban pájaros
con agua
de los labios de la tierra

las moscas cruzaron el cristal del parabrisas

tú acaricias mi lengua con esas alas

cuando abres las manos

tu cuerpo adentro de las sábanas

entonces tus manos

son las manos de las fuentes de todas las ciudades

la calle, la cartera, las llaves

las he perdido y sin embargo sé dónde está todo

el día camina hacia atrás

como un padre sin trabajo

cruzan las moscas el cristal del parabrisas

entonces tus manos

soportan la espalda de las madres que lavaron las piedras

de las fuentes de todas las ciudades

tu casa y tus uñas se metieron en mis ojos

cruzaron la córnea hasta el espejo húmedo

de un cedro en el origen del cielo y la tierra

parece

que de pronto

de este todo roto se ha ido todo sitio y sin embargo

la ciudad llueve hacia una cueva y dentro yo

camino hacia la otra orilla

la mañana a veces nace sin sangre

se seca el silencio

en el mezquite doblado de humo

las estrellas

nerviosas de la aurora

cuidan su mirada

de nuestras simples vergüenzas